

---

## HOY LA LIAMOS

Alberto y yo solo llevamos 4 meses trabajando en las cocinas del Centro de Día de Alzheimer. La entrevista y el proceso de selección a los dos nos parecieron sencillos. ¿Cómo no iba a serlo, si te preguntan si te va a gustar hacer lo que te encanta? Somos apasionados de la cocina, y tanto Alberto con su Asperger, como yo con mi Down, disfrutamos tanto de hacer como de dar de comer. Tenemos a Matías, nuestro supervisor, que cada día nos entrega más independencia y responsabilidad. La verdad es que los dos estamos muy felices e integrados en nuestro puesto de trabajo.

No hace mucho que Damián viene por el centro. Lo hace a diario acompañado por María, su hermana pequeña, porque Carmen, su mujer, ha tenido que ingresar de manera permanente en una residencia. Pregunta decenas de veces las cosas porque es incapaz de recordar ni el pasado más reciente. Uno más entre tantos. Pero lo suyo va muy rápido. Tiene la mirada perdida y los ojos asomados a un vacío casi absoluto.

Ayer, al salir a despedirnos de María, es cuando Alberto y yo nos enteramos. Mañana, Damián y Carmen cumplirán 55 años de casados, y por primera vez en su vida no lo celebrarán como acostumbraban. Un cocido en toda regla entre pecho y espalda. En el restaurante de siempre, aunque cambiara de dueño.

Alberto y yo nos pusimos de acuerdo con solo mirarnos. Hoy quedamos un poco más pronto que de costumbre para ir al mercado, y para las 14:00 horas el plan se había consumado.

Varios internos sí se dieron cuenta que el menú no era el programado, y comenzaron a protestar. Lo hacían en modo piloto automático, como era la costumbre al ver que algo se desviaba de la rutina diaria. Pero enseguida, los aromas mezclados de sopa, garbanzos, carne, chorizo, tocino, morcilla y relleno aplacaron la revuelta, y nuestra causa secreta transformó a todos los presentes en adeptos.

A dos carrillos iban algunos. Damián parecía ir a cuatro. Y en pleno éxtasis gastronómico entró Marisa en el comedor. Ni me había acordado de ella. Marisa era la nutricionista responsable de planificarnos tanto los menús semanales como las cosas que a diario debíamos comprar. Con mucha dedicación y cuidado preparaba unos menús acordes a las necesidades de unos comensales que tenían entre todos más asteriscos en sus análisis clínicos que estrellas hay en el cielo de la provincia.

- “¿Qué significa todo esto? ¿De quién ha sido la idea de este insensato y poco saludable cambio de menú?” espetó Marisa.

Alberto, que había visto entrar a Marisa y no me avisó, se había dirigido a la cámara de frío para hacerse el loco y, de paso, el sordo. A mí lo único que se me ocurrió es esconderme detrás de un colador gigante que tenía a mano en la cocina.

- “Emilio, ¿quieres dejar de hacer *el gamba*? ¿Dónde está Alberto? ¡Contéstame y deja el colador en su sitio que pareces un tirador de esgrima!” exigió.

- “Comida de Aniversario” contesté.

- “¿Aniversario de quién y de qué? Me he perdido algo ¿Desde cuándo nos dedicamos a las bodas, bautizos y comuniones?” preguntó intrigada.

- “Es el Aniversario de Bodas de Damián y de su mujer Carmen” respondí.

- “Pero si Carmen no pertenece al centro” advirtió contrariada.

- “Ya. Y además hoy no ha podido venir. ¡Pero de la lista de invitados no ha faltado ninguno!” precisé.

- “¿Los invitados?” inquirió cada vez más desconcertada.

- “Sí. Han invitado a todos los internos del centro” aclaré.

- “¡Ay Dios! ¡Entre tú y el Alberto un día acabáis conmigo!” sentenció.

- “¿Puedo repetir un poco de morcilla y sopa?” preguntó Carlos desde el fondo del comedor.

- “¡Lo que me faltaba! Menuda idea la tuya. Y ahora, ¿qué hacemos?” imploraba ya sin ver vuelta atrás.

- “Pues yo ya me tengo que ir. He quedado. Ando liado. Me dijo Alberto que, en cuanto encontrara lo que hubiera ido a buscar a la cámara, ya recogía él hoy el servicio de comedor. Nos vemos por la tarde noche. Por cierto, estás muy guapa Marisa. Te queda fenomenal ese vestido”.

- “¡Es el mismo que traje el viernes pasado! ¡Y deja de hacerme la pelota! ¡Ya hablaremos!” sentenció.

Hoy acabé mi jornada matinal contento y cansado a la vez, pero con el tiempo suficiente para echar un último vistazo al salón anexo al comedor. El “siestódromo” como lo llaman algunos internos.

Allí Marisa había decidido librar una de las últimas batallas del día. Cuchara en ristre, trataba de dar buena cuenta del último plato de su comida. Una galleta maría que temblaba, más que por Marisa, por las natillas que le hacían de cama.

No muy lejos de ella, en un sillón que lleva vividos miles de reposos, veo a Damián con los dedos de sus dos manos entrecruzados sobre un estómago satisfecho, a la vez que deja su rostro relajado en media sonrisa.

Y en ese mundo en el que vive ahora, arrojado en él por una maldita enfermedad que devora la vida y la memoria, aferrado a un pasado, confundiendo un presente y desconociendo ya la palabra futuro, le deseo un duermevela que le permita abrir de par en par las ventanas de sus recuerdos.

---

Y me arriesgo a imaginar que uno de esos recuerdos le lleva al lado de Carmen y los sienta a la mesa en su restaurante de siempre, el de sus aniversarios, donde gracias a los olores y sabores de hoy, se reencuentran por unos minutos, con la magia de aquellas interminables horas de mutua complicidad que siempre disfrutaron.

Hoy la liamos. Alberto y yo gastamos el doble y compramos la mitad. Nos ganamos la bronca de Marisa, la sonrisa de Damián, la petición de Carlos de repetir este menú cada dos martes, y el ruego de Miguel, comentándonos que en 10 días creía que hacía 58 años desde que se casó con su primera esposa ya fallecida. Una francesa de nombre Brigitte que adoraba el arroz con bogavante...